

RESEÑAS

Guillermo Mariaca Iturri. *El poder de la palabra*. La Paz: Universidad de San Andrés y La Habana: Casa de las Américas, 1993.

Desde sus inicios, la crítica literaria latinoamericana se ha caracterizado por su constante apelación a la autorreferencialidad, al monólogo interpretativo, sustentada por una práctica orientada básicamente a producir interpretaciones de textos y a insertarlos en un sistema discursivo que canoniza sus hallazgos y los establece como un discurso hegemónico que no cuestiona sus contenidos sino que los amplía a espacios referenciales mayores, construyéndose para ello, y desde distintas perspectivas críticas (estilística, histórica, sociológica, etc.), una serie de imágenes estereotipadas de sí misma.

Pero con el surgimiento de producciones textuales que, por su naturaleza agénica y sus remitencias a espacios referenciales distintos a los establecidos, cuestionan la validez del canon literario y denuncian la transitoriedad de sus contenidos, esta situación tiende a revertirse: dicha crítica ha tenido que ampliar sus marcos de reflexión e integrar y legitimar una gama de manifestaciones culturales pertenecientes a registros discursivos no considerados anteriormente como de carácter literario.

Este proceso ha llevado, obviamente, a la necesidad de replantear los contenidos del canon: su situación se ha hecho insostenible ante la aparición de géneros de literaturas o "paraliteraturas" como la oral. Es en este contexto

que, en distintos sectores de la crítica latinoamericana, han comenzado a surgir prácticas metacríticas que intentan, en más de un sentido, deconstruir los distintos niveles discursivos que sustentan dicho canon.

El poder de la palabra (obra finalista en el Premio de Ensayo 1992, organizado por la célebre y tradicional Casa de las Américas de Cuba) de Guillermo Mariaca Iturri se adscribe a esta tendencia metacrítica. En efecto, a lo largo de los ocho ensayos en que se organiza el libro, se pretende, básicamente, reconstruir el pensamiento crítico latinoamericano a partir del estudio de las obras de seis autores específicos: Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, José Carlos Mariátegui (fundadores del canon y de la crítica intelectual) y de Angel Rama, Octavio Paz y Roberto Fernández Retamar (fundadores de la tradición discursiva).

En el desarrollo de dicha reconstrucción, Mariaca Iturri plantea fundamentalmente dos tesis: a) que la crítica literaria latinoamericana "se ha constituido institucionalmente a partir del trabajo de algunos intelectuales y no como resultado de proyectos de investigación, intereses académicos o demandas del mercado". Más aún "ha sido el intelectual que establecía cánones y su obra que determinaba políticas de lectura y escritura, el que ha convertido a la literatura hispanoamericana en materia legible" (p. 7). Y b) que el proceso formativo del canon literario "no se basaría solo en análisis metodológicos o juicios teóricos sino, sobre todo, en criterios de política cultural" (p. 8).

Estas dos tesis se remarcan constantemente en los ensayos, actuando además como ejes problematizadores que multiplican los niveles de reflexión (lengua, cultura, ideología) e interaccionan las distintas líneas de estudio asumidas por el autor (estrategias de representación, instrumentos de apropiación de la lógica cultural y fundación o formación del intelectual: cultural o político)

De otro lado, en *El poder de la palabra*, se presenta a la crítica literaria latinoamericana como un espacio conflictivo, en donde cotidianamente existen pugnas (desde el centro a la periferia cultural y viceversa) por la hegemonía discursiva

Esta conflictividad no resuelta, tiene su origen –según el autor–, en la identificación del intelectual con respecto a determinadas políticas culturales. Es en este proceso identificatorio que el intelectual logra su institucionalización como agente representativo de su entorno social. Y su discurso, al canonizarse, adquiere el carácter de hegemónico.

Ahora bien, a partir de lo anterior, Mariaca Iturri establece que dicho discurso hegemónico es una construcción imaginaria, “subjetiva, retórica, ideológica” (p. 86) y sobre todo política, elaborada por algunos círculos restringidos de intelectuales que, por sus vínculos con determinados grupos de poder, se asumen, ellos y sus propuestas (regionalismo cultural, modernidad cultural, etc.), como representativas de una colectividad, negando, autoritaria e irreflexivamente, otras posibles representaciones discursivas.

Sin embargo, el autor no deja de reconocer la importancia de dichos intelectuales en tanto fundadores de nuestra tradición discursiva: “ese fue su horizonte” dice Mariaca Iturri, y agrega: “ahora es nuestra frontera. No podemos sino heredar la regionalidad construida, movernos entre la subalternidad periférica y la diferencia de nuestra alteridad. Pero quizá podremos, gracias a la obra de los fundadores, ya no vivir fijados en esta heredad encrucijada colonial y moderna” (p. 87).

De hecho, la actitud crítica puesta de manifiesto en *El poder de la palabra*, no es parricida, sino una reflexión objetiva que busca, asumiendo la tradición, construir una imagen coherente de nuestros horizontes culturales. Desde esta perspectiva, Mariaca Iturri logra desarrollar lo fundamental de sus exigencias: “la reconstrucción del pensamiento crítico hispanoamericano permitiría reconocer distintas políticas culturales en la formación de nuestro canon literario”. Y, sobre todo, sus distintos efectos en la institucionalización de la crítica latinoamericana. Su importancia y necesidad son, entonces, obvias. “Reconocer los grandes sistemas –o las metanarrativas, si se quiere entender analógicamente los relatos críticos en el sentido que les da Lyotard– organizados por nuestros intelectuales literarios va a posibilitar revisar sus políticas culturales y, más allá, su efecto social” (p. 10-11).

En ese sentido, *El poder de la palabra* se muestra como un acucioso y lúcido diagnóstico de la situación actual de la crítica literaria latinoamericana. Asimismo, el autor amplía la agenda problemática insertando cuestionamientos cuya dilucidación requiere de un renovado aparato crítico, advertido en su discurso, pero que escapa al planteamiento inicial del presente ensayo.

En suma, este texto de Mariaca Iturri viene a formar parte –junto con los de Walter Mignolo, Cornejo Polar, Carlos Rincón, Raúl Bueno y otros–, de una tendencia metacrítica en los ámbitos de la crítica latinoamericana, que poco a poco va ganando espacio y haciéndose de un público ávido de su espíritu iconoclasta y perspicaz.

Carlos García Miranda
Universidad de San Marcos

Julio Ortega. *El discurso de la Abundancia*. Caracas: Monte Avila, 1992.

Si Huamán Poma en su larga carta al Rey de España demuestra la apro-